

EL GATO

Él estaba sentado a la mesa del café cuando tuvo un deseo incontrolable de ver a Samira. Pide disculpas a los compañeros con quienes jugaba cartas, empuja la silla y sale a la calle. Hacía mucho calor y el sol golpeaba en su cabeza, más no iba a desistir por eso. Vio un taxi, hizo una señal y se sentó en el asiento trasero, diciendo al conductor:

— Calle...

Encogido en el asiento, sintió un presentimiento perverso que lo poseyó:

— Eso es deshonesto... Tú te vas a encontrar con Samira porque no consigues hacer nada sin ella. Es el vacío el que te empuja a esa mujer.

Esboza una sonrisa media orgullosa y rechaza secamente el pensamiento:

— Voy porque quiero a esa mujer. Es solamente eso.

Sentía, entretanto, que su garganta se cerraba a medida que el auto se aproximaba a su destino. Eso siempre le sucedía cuando se preparaba para resolver algún problema importante. Se mira el dorso de las manos. Observa como las venas están hinchadas. Intenta una salida fácil, pensando:

— No es la primera vez que me voy a encontrar con Samira. Además, necesito de ella...

Vuelve a mirar a las personas que transitan a través del vidrio. Ellas no hacen más que una, junto a las otras, cada cual preocupada de su propio camino. Viene de cualquier lugar y van a ninguna parte. Intenta convencerse de que gozaba de una vida enteramente normal, tranquila. Hacía lo que quería, yendo donde se le antojaba. Su vida nunca había sufrido alguna conmoción seria. Ninguna perturbación podría minar la confianza que tenía en su propia fuerza. Al final, ¿qué podría ser capaz de perturbar su paz de espíritu?. Se acordaba claramente de las circunstancias en que había visitado a Samira cuando murió su padre. Había dicho entonces a un amigo que ella era todo lo que tenía en el mundo, el único ser de quien conocía tan bien su lado interno como externo... ¿Quién podría comprender que ella era su verdad, que no tenía otra verdad que esa mujer?. Allí, en el auto, sintió que poseía alguna cosa que le situaba encima de la multitud de transeúntes... Más ¿y qué?.

— ¿Qué diablos soy yo en realidad?

Sacude la cabeza. Sabía que era superior, por una u otra razón que no era el caso de definir en aquel instante. Se contentaba con esa convicción íntima que le dilataba el corazón, le hinchaba las venas y apretaba extrañamente su garganta.

— ¿Dónde quiere que pare? — preguntó el chofer.

— Donde quiera, aquí en esta calle...

Pagó y miró el rostro del conductor. Tuvo la impresión de que el hombre sabía hacia donde estaba yendo. Pero no sintió vergüenza. Sonrió pensando:

— Este conductor sirvió para traerme hasta aquí; de la misma manera en que Samira es necesaria para mi felicidad.

La comparación refuerza en él, el sentimiento de superioridad.

El conductor sabía que lo había llevado a un lugar donde se sentiría feliz. Samira sabía a su vez, que debería hacerlo feliz. Era como si él fuese el centro motor en torno de le cual un planeta gravitaba.

Hasta allí, iba como quería. Toda la energía de su cuerpo estallaba. Sentía la garganta apretarse más, cuanto más cerca llegaba:

— Esta vez mi cuerpo entero la desea. Excelente. Aconteció que, en los últimos días, él había perdido todo el deseo de aproximarse a aquella mujer. La punción pasaba de la garganta a estómago. Se vio entonces desprovisto de cualquier emoción, lo que le dejaba casi loco. Ahora, entretanto, era bien diferente.

“Si Samira viviese en una calle común, ella me ahorraría el caminar por estos callejones tristes. ¿Porqué ella no vive en una casa cerca de donde -----
-----”

Él veía pasear los rostros, que ya escaseaban cuando enfiló por el último callejón. Le parecía ridículo que todas esas personas viviesen tan cerca de

Samira sin que les pasase por la cabeza que él se iba a encontrar con ella. Reprimió una sonrisa llena de sarcasmo al pensar que muchas de ellas tal vez la conociesen. Si se dejase arrastrar por las cosas que iba imaginando cuando andaba, detendría a cada hombre con quien se cruzaba, agarrándolo por los hombros y gritando:

— ¡Son unos pobres imbéciles!

Pero, ¿por qué Samira no vivía en una calle accesible a los automóviles?

“Tal vez ella tiene miedo de la policía. Tal vez no tiene dinero suficiente”